



Erich Auerbach. Posfacio de Edward W. Said
Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental
Buenos Aires
Fondo de Cultura Económica
2014
557 páginas

María Coira¹

***Mimesis*, una reedición celebrada**

Mimesis. La representación de la realidad en la cultura occidental es, sin duda, todo un clásico de la crítica literaria. Palabra – “clásico” – que usamos en el sentido que le da Ítalo Calvino, es decir, como fuente de significación inagotable, lejos de toda clausura entre las paredes de una biblioteca-museo. Celebrado por críticos como René Welleck y Charles Muscatini, entre una lista que se haría demasiado extensa para ser incluida en esta ocasión, la nueva edición del Fondo de Cultura Económica incluye un posfacio titulado “A 50 años de la aparición de *Mimesis*” escrito por Edward W. Said, cuya profundidad crítica y calidad de escritura suma un innegable atractivo a este texto de por sí magistral.

Mimesis propone un recorrido por la literatura occidental, europea, en el que el crítico estudia cómo la representación realista va imponiéndose tramo a tramo; cómo, específicamente, los sectores medios y bajos de la escala social van accediendo a su derecho a la representación y cómo el Romanticismo, que entierra definitivamente el esquema de la separación de estilos, es un acontecimiento ineludible en la comprensión de tal proceso. Desde una primera estación, en la que Auerbach se centra en la poesía clásica griega y nos muestra los modos en que este hacer poético otorga importancia a los hechos que han sido fundacionales para su comunidad (estamos, pues, en el terreno de

¹ Doctora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Mail de contacto: macoira@gmail.com.

la epopeya y sus héroes), llegaremos al imperio del realismo decimonónico (Stendhal, Balzac) y a la experimentación con el lenguaje que implican narrativas como las de Marcel Proust y Virginia Woolf, habiendo pasado por una Edad Media imposible de comprender por fuera del cristianismo, con sus estilos alto (representado por el mester de clerecía) y bajo (expresado en el mester de juglaría).

¿Cómo lo hace? Auerbach selecciona autores y obras que juzga representativos, consciente, a su vez, de que un estudio de tan largo aliento necesariamente no tendrá en cuenta algunos, a los que, no podemos dejar de observar, dedicará otras publicaciones. En cada capítulo este autor parte de la cita de un fragmento, de mayor o menor extensión según los casos, en lengua original y su traducción al alemán, al inglés o, en esta edición, al castellano. En la medida en que avanzamos en la lectura de su análisis, no deja de sorprendernos todo el despliegue que se abre sin cesar, sumergiéndonos en aspectos históricos, filosóficos, culturales y específicamente literarios. Este modo de trabajo con los textos presupone una amplia formación en lenguas romances y clásicas, un profundo conocimiento de sus literaturas y una firme concepción respecto de que los textos no pueden ser abordados por fuera de sus contextos. El tono es pausado y amable, e independientemente del alto grado de erudición subyacente, exento de toda huella de pedantería, como bien observa Said en su Posfacio. Tales características hacen de esta obra un hito insoslayable en el campo de estudio propio de las literaturas comparadas.

Imposible dejar de hacer mención a las circunstancias en que *Mimesis* fue escrita, es decir, en el exilio. Este filólogo, crítico e historiador de la literatura, ha debido huir de una Alemania en la que ya se le había tornado la vida imposible. Es

judío y desde 1933 las vergonzantes leyes raciales le impiden dar clases en la universidad. Ha sabido o presentado, entonces, que tales restricciones serían las primeras estaciones en la ruta de los trenes que años después tendrían Auschwitz o Treblinka como puntos de llegada. Se ha ido, se ha cortado de su medio: los amados paisajes han sido sustraídos de su mirada, la cartografía de Berlín está ausente, sus oídos extrañan los sonidos de su lengua. En su lugar están los lugares, olores y sonidos de Estambul, ciudad que connota, además, un cierto exotismo, cierto orientalismo.

Erich Auerbach (1892-1957) había nacido en el seno de una familia judía de clase media alta. Durante la Primera Guerra Mundial supo servir en el ejército alemán. Su carrera académica gozaba de los mejores augurios: en 1913, Auerbach obtiene su primer título de doctor en la universidad de Heilderberg; en 1921, se doctora en Filología en la universidad de Greifswald. Terminada la Segunda Guerra, en 1947, Auerbach emprenderá un segundo exilio, esta vez hacia los Estados Unidos, donde lo veremos trabajando en las universidades de Pennsylvania, Princeton y Yale.

Mimesis se publicó en alemán por primera vez en 1942 y, posteriormente, en inglés. En 1950, la versión en castellano conlleva la inclusión del capítulo sobre el *Quijote*. Francia tendrá su traducción en 1977. Su autor ha sabido expresar sus quejas y disculpas por las deficiencias que acarrea la falta de bibliotecas y centros de investigación que sufre en Estambul. Por una parte, a uno lo invade una ola de admiración y sana envidia ante la obra producida en esas desventajosas circunstancias, por la otra, surge la duda, probablemente inútil como toda mirada contrafactual, acerca de cuán enriquecida hubiera resultado de haber sido redactada

en condiciones óptimas. Retomemos, al respecto, las reflexiones de Edward Said sobre el exilio. Said convoca a repensar la situación del exilio mediante un desplazamiento que migra de los lugares estereotipados del corte y la pérdida para arribar a los espacios de producción propios de los intelectuales y pensadores que, por definición, trabajan de modo permanente o al menos por un período importante de sus vidas desde una zona de borde, frontera y periferia, que si bien no en todos los casos puede ser leída en un sentido literal, lo es siempre, sin dudas, desde una mirada metafórica. Respecto de Auerbach en particular, Said se pregunta, con una retórica que clama por una respuesta afirmativa, si *Mimesis* no debe su existencia, precisamente, a la carencia de bibliotecas completas y especializadas.

En síntesis, Auerbach muestra cómo la literatura occidental va ampliando los límites del mundo social representado; aporta un concepto de literatura europea en el que confluyen las tradiciones clásica-pagana, clásica-cristiana y cristiana-medieval. Es así que, de simples telones de fondo, meros acompañantes y testigos (sirvientes, amas de leche, nodrizas, soldados, etcétera) de los protagonistas

nobles, héroes o santos, los diferentes miembros de sectores populares van a ir ganando sus derechos a ser representados a lo largo de los siglos, lo que alcanza un punto de inflexión con la irrupción del Romanticismo. En sus lecturas, Auerbach pone en juego la noción de “figura”, especialmente productiva a la hora de comprender su concepción del tiempo histórico y las operaciones interpretativas llevadas a cabo en nuestra cultura sobre la base de procedimientos de refundición, como es el caso, por ejemplo, de la resemantización de las figuras de los profetas que el reconocimiento de la llegada de Jesús produce.²

René Welleck, colega de Auerbach en Yale, ha dicho que *Mimesis* constituye una llamativa y acertada combinación de filología, estilística, historia de las ideas y sociología, fruto de un trabajo meticuloso en el que confluyen el saber artístico y lo erudito con las fuerzas de la imaginación. Estas afirmaciones son fácilmente comprobables con la lectura, aun parcial, de sus páginas. En mi caso particular, destaco con énfasis el primer capítulo, “La cicatriz de Ulises”, en el que un episodio de la *Odisea* (cuando Ulises regresa de incógnito a su hogar) y un relato bíblico (el

² En su ensayo *Figura*, Auerbach trabaja un concepto de lo histórico insoslayable en la cultura occidental, proveniente del cristianismo antiguo y medieval. En tal marco, temporalidad y lenguaje están entretejidos teleológicamente (además de sus obvias conexiones ontológicas y teológicas). El concepto de “figura” satisface la necesidad de la hermenéutica histórica del cristianismo de mostrar una concordancia que fundamente la anexión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, para lo cual los acontecimientos deberán aparecer relacionados dentro de un esquema totalizador. Este modo de comprender el desarrollo histórico pone sobre el tapete el viejo problema de la relación entre lo particular y lo general. Es decir, cómo un acontecimiento mantiene su singularidad al mismo tiempo que genera un contrapunto con otros acontecimientos pasados y aún futuros, en el marco

del despliegue de un drama “total”. Así, el sueño de Adán es ese sueño y, también, la muerte de Cristo; de las costillas de Adán nacerá Eva como del flanco herido de Cristo surgirá la Iglesia, etcétera. Ciertos acontecimientos, entonces, superan su “aquí y ahora” para alcanzar su consumación en la alteridad del futuro. Tales acontecimientos se distinguen por su insistencia a lo largo del tiempo. Desde ya, los intereses de Auerbach no son de índole teológica, sino propios de la historia y la crítica literaria. Lo que interesa al filólogo es encontrar constantes y matrices que permitan establecer un hilo conductor en el desarrollo de la representación literaria europea; un modo de relacionar el pasado con el presente y viceversa. En tal sentido, no hay que olvidar el peso que Vico y su concepción espiralada de la historia han tenido en la obra de Auerbach.

sacrificio de Isaac) son puestos bajo el microscopio y presentados como las dos grandes matrices narrativas de occidente.³

En una época, como expresa Said, en la que el número de libros publicados ha aumentado de un modo tal que resulta proporcional a su vida relativamente corta o simplemente fugaz, *Mimesis* forma parte del reducido grupo que continúa presente, conservando un poder de permanencia que se explica por la riqueza de matices

críticos que se manifiestan al ritmo de su convocante lectura.

Referencias bibliográficas

Auerbach, Erich (1998). *Figura*. Madrid: Trotta.

Auerbach, Erich (1969). *Literatura y público en la baja latinidad y en la Edad Media*. Barcelona: Seix Barral.

Said, Edward (2000). *Reflection on Exile and Others Essays*. Massachussets: Harvard University Press.

³ Auerbach toma dos textos, dos fragmentos: la vuelta de Ulises a Ítaca bajo el aspecto de un mendigo y el modo en que Euclídea, la anciana ama de llaves que había sido su nodriza, lo reconoce, al brindarle un baño de pies, por la cicatriz en el muslo que Ulises se ha hecho de joven en una cacería (de la *Odisea*) y el relato del sacrificio de su único hijo, Isaac, que Abraham está dispuesto a llevar a cabo para satisfacer el pedido de Dios (del Antiguo Testamento). Auerbach somete a un minucioso análisis a cada uno de ellos y luego los contrasta. Para el filólogo, ambos modos de narrar constituyen las dos matrices insoslayables de la representación literaria en la cultura europea. Por

un lado, la descripción minuciosa, que no deja ningún detalle al azar, la ligazón sin lagunas; la iluminación uniforme; los primeros planos; el imperio del tiempo presente; la univocidad y la problematización escasa en cuanto a lo humano. Por el otro, el del relato bíblico, la técnica del claroscuro (realce de unas partes y oscurecimiento de las otras); el consiguiente efecto sugestivo de lo tácito; la falta de conexión; la pluralidad de sentidos y necesidad de interpretación; la pretensión de universalidad histórica; el desarrollo del devenir histórico y el ahondamiento en la problemática del hombre.